

Volver sobre España

Mi amigo Norman, el colombiano, era pintor cuando yo le conocí y le traté en Madrid, hace algunos años. Era un buen pintor: poseía un mundo expresionista, levemente crítico, más bien abiertamente humorístico y de un sarcasmo bienhumorado. En lo personal era... frívolo. Sí: era frívolo, pero —valga la paradoja— profundamente frívolo. En él, la frivolidad era una potencia, un hecho creador. Se fue hace años.

Hace poco tiempo pasó por aquí unos días, haciendo un alto en su viaje hasta la isla de Wight. Se había transformado algo: su barba rubia continuaba, pero su pelo, ahora, constituía una melena. Al andar se producía el leve tintineo de unos cascabeles que llevaba en los zapatos, a manera de espuelas. En realidad, esa metamorfosis de las espuelas parecía el signo más evidente de que con él llegaba la paz, de que él iba a ser «blando con las espigas». Si añado que, además, cultivaba un cierto fetichismo, se comprenderá inmediatamente que se había convertido en un «hippy». Lo era, efectivamente. Ya no era pintor. Había abandonado la profesión para dedicarse a la ocupación primordial de vivir, aun cuando, alguna vez, pintara episódicamente y de manera lateral. Como no tenía nada mejor que hacer, se vino con nosotros unos días a la sierra burgalesa.

EL «HIPPI» Y EL PASTOR

Cuienes no estamos en el secreto de la alta filosofía «hippy», podemos llegar a pensar que los adeptos, productos al fin de una civilización urbana, cuando están en el campo, se encuentran como enfrentados con un medio hostil. Pero no. Se encuentran, sí, frente a un medio extraño, pero intentan asimilarlo y hacen lo posible por identificarse apasionadamente con todas sus manifestaciones. Por supuesto, a nadie le es posible escapar, sin más, de su propia piel, y

nada puede hacer que la apetencia de paisaje de un hombre de la ciudad llegue a tanto como a identificarlo con el paisaje mismo. La gente de esta tierra, los labradores y los pastores —la paisanía—, sí son paisaje. Nosotros, los que de alguna manera venimos de la ciudad, no somos paisaje. Nosotros somos espectadores. Y un espectador es un personaje que está fuera de la escena.

Por las mañanas, muy temprano, Norman se iba al monte próximo, llevando en la mano uno de esos aparatos, hoy tan corrientes, que llevan la música portátil. Pero en esos momentos de comunión naturalista, él no se llevaba a la música estruendosa de los Beatles o los Stones, que constituían su audición natural de todas las otras horas, sino a Vivaldi. Allí, en la espesura y a la sombra de pinos y robles, mirando a las rastrojeras y a los prados próximos, instalaba a plena voz su concierto esplendoroso, que, ciertamente, parecía compuesto de manera especial para ese escenario. Y es que Norman tenía el instinto de la situación. El lo que trataba era de hacer coincidir a la armonía de la cultura con la armonía de la Naturaleza.

Un día, desde lejos de la escena, pude asistir a lo que, al principio, parecía que iba a ser el choque de la cultura con la Naturaleza. Un joven pastor llevaba sus rebaños por los linderos del monte, confiando al murmullo natural y al tintineo de sus espuelas. De pronto, el perro y las ovejas que iban en cabeza empezaron a sentirse inquietas, aun cuando luego de nuevo se abandonaron a su confianza. Es que Vivaldi había iniciado un «allegro». Luego, el inquieto fue el pastor, que no recuperó su confianza. Yo veía desde lejos cómo, cuando finalizó el «allegro», las espuelas próximas despertaron al «hippy». Norman se levantó de su mullido lecho terrenal, y, entonces, los dos hombres, el «hippy» y el pastor, se encontraron. Por un momento, desde



mi atalaya, pude notar un leve estremecimiento en el pastor ante la figura verdaderamente insólita en aquellos parajes que se le ofrecía ante su vista. Luego vi que se acercaban y que hablaban levemente. El campo tiene eso: establece una complicidad en las soledades. Un hombre solo no puede pasar ante otro hombre solo sin, por lo menos, saludarle; sin iniciar, aun cuando sea levemente, un mínimo gesto de solidaridad. Yo vi cómo hablaban, y luego vi cómo se despedían, mientras las ovejas, indiferentes, seguían arrancando las yerbas verdes del lindero del monte.

Luego, cuando, lleno de curiosidad, le pregunté a Norman por la conversación mantenida, resultó lo de siempre: no hubo posibilidad de un diálogo en profundidad. Conozco el comentario de estos y parecidos pagos cuando alguien trata de establecer un diálogo. El comentario siempre suele ser éste: «Esto es sano».

A uno le pasa lo mismo. Uno no va tan disfrazado como Norman, ni es «hippy», y, sin embargo, cuando uno trata de sonsacarle a un pastor o a un labrador alguna confidencia de su

mundo, casi siempre lo que logra es ese esfuerzo, por su parte, de acercarse al nuestro a través del dieciochesco mito salutarifero, el cual, la verdad, uno tampoco cultiva tan sistemáticamente.

¿Pero cómo podría ser de otra manera? Nosotros, los «hippies», y yo mismo, venimos de la ciudad. Pertenecemos —incluso los «hippies», aun cuando lo ignoren— al mundo de la historia. Estos pastores pertenecen al mundo de la Naturaleza. Nosotros, lo queramos o no, estamos mínimamente en el secreto de un tiempo progresivo: ellos están en un tiempo cíclico. Nosotros estamos en la..., sí, en la evolución. Ellos están en la costumbre.

A mí me gustaría, alguna vez, lograr establecer un diálogo fructífero con esta gente, con este mundo. Porque ese mundo, quélase o no, se acaba. Uno tiene la sensación, cuando consigue penetrar mínimamente en alguno de ellos, que está asistiendo a las últimas palabras de la edad de la costumbre... Y eso siempre conviene registrarlo. ■ JOSÉ MARIA MORENO GALVAN.

TEATRO

Cambios en los teatros nacionales

Como es sabido, los teatros nacionales han sufrido importantes variaciones en sus puestos rectores. Que se sepa, Al-

berto González Vergel ha sustituido a Miguel Narros en el Español, José Tamayo dirigirá la Zarzuela, Teatro Lírico Nacional, y en el Nacional de Barcelona se ha optado, según parece, por un turno de directores. José Luis Alonso sigue en el María Guerrero y Mario Antolín, con el respiro que le dio el ciclo del Marquina, habrá de encontrar la forma de dar al Nacional de Cámara y Ensayo una mayor estabilidad.

La cuestión fundamental, antes de hablar de los cambios y de los nuevos hombres il-

mados, está en saber hasta qué punto tales directores gozarán de la necesaria autonomía para proyectar su personalidad y hasta qué punto habrán de limitarse a resolver del mejor modo posible las exigencias de una política cultural impuesta y minuciosamente controlada por la Administración. A mí me parece, desde luego, que, atendiendo al actual contexto económico de la vida española, lo lógico y deseable sería que el Estado contratase a las personas juzgadas idóneas, dándoles la máxima libertad de progra-

mación —salvados sólo los posibles límites de la «dedicación» establecida para cada teatro: clásicos, teatro lírico, etcétera—, de orientación y, en suma, de trabajo. Sólo así —y así se hace en todo el Occidente; la problemática de los teatros socialistas es otra, porque otro es también el contexto político y económico en que se mueven— podrían perder nuestros teatros nacionales algo de ese sabor oficioso, de esa medrosidad estilística, de ese aire paternal, que tanto han mermado sus posibilidades de proyección y

de utilidad sociocultural. Confiados los teatros nacionales a la responsabilidad de nuestros mejores hombres de teatro surgirían, ciertamente, muchos problemas hoy inexistentes, pero no hay razón alguna para sospechar, sino más bien lo contrario, que el clima polémico, cuando va acompañado de una obra estimable, sea negativo para el teatro. El caso de Miguel Narros, saliente del Español sin más que dos o tres espectáculos verdaderamente personales, es inquietante. Y no sólo para él y su futuro profesional. La